

**Susana Szwarc**

## **¿CÓMO?**

Veamos lo real:  
por ejemplo el río  
-de acá hasta acá  
podríamos inventar  
una puerta para la casa  
pero no-  
veamos cómo  
porque sí  
un viento  
tal vez provocado por el mismo río  
no arrastra un sombrero hacia su centro  
Veamos después  
algo más:  
la lluvia  
que comienza por inundar el sombrero  
hace crecer las aguas a tal punto  
que nos es imposible seguir viendo  
porque lo real salido de cauce  
nos ahoga

## **VANO**

me da  
una blanca  
flor  
que no huele  
  
la dejo  
en la sombra  
del agua  
del jarro

## HORAS

Esa niña flaca, decimal con su flor  
roja al ladito del borde: mira claramente al que  
levanta la pala  
un pie va a hundirse –con la pala –en el montón de barro.  
Es la hora del entierro y la flor  
por arte de magia será libro.  
La niña –que no sabe-  
lee “sobre el dolor inmensurable  
los nietos no nacidos”.

Nos distraemos por el sonido de un saxo  
que comienza a trepar –metálico –  
hacia atrás y salen más niñitas de los ranchos.  
Es la hora del pedido:  
ejendú ché, omé é ché un pedacito de pan  
-golpean, esos niños, sin padres  
-otra vez, piden pan  
-¿no les dan?

Ordenemos la historia ¿Evita había muerto?  
¿Perón había caído? ¿Su estatua destruida en  
la placita Sarmiento? ¿Yo tenía el sarampión?  
¿Cantaba Ramona Galarza? ¿Tu perro  
aquella noche era un lobisón? ¡Oh!, sí, tal vez tu perro  
aquella noche, era. Lame la sal del cuerpo y  
las tan estrellas caen, por mí.  
El lobisón desvanece de cercanía. Apenas  
alcanzamos los breteles. Maldito gallo, que se  
calle. Y que nadie sepa nunca.

Otra hora: tu siesta, los mosquiteros hacen  
marchas hexagonales sobre mi morena

piel más vieja que el sulki  
verás la polvareda y en ella el surco  
¿dónde aún me harías caer?  
(la longitud del muro hace a la partida  
de los perros)  
Recordemos: la niña –la de la flor roja-  
detenida como en un recital infinito y el saxo:  
único movimiento acompañado por el taburete  
donde una madre oye:  
-¿quién no ha leído a Nietzsche a los 17 años?  
dirá él, ágil sus dedos arman cigarrillos  
sus ojos alucinan patios y potras.  
Dirá, es la hora de jugar: serás Yocasta  
y juegan al día más perfecto de la historia.  
Guardan azúcares aceites en el jarrón de lo indecible  
juegan a encontrar los fierros para disparar: a los gatos  
las alarmas al hueco del jarrón y a sacar al muerto  
de su torpeza: su obstinación de muerto.  
Arrancan flores hasta la niña decimal  
jadean:  
ningún patio es completo  
ni siquiera el de la madre.  
  
Recordemos: el saxo, las horas,  
la niña que dice es la hora  
y vuelve a leer.

## INTERVALO

Vacilante  
dejó de leer porque decía:  
se ha quedado.

Alguien que amara  
esa fotografía:  
materna tierra de nieve  
los torpes crímenes/ derroches /  
espacio incierto de orín  
en los vagones / humo

De este lado del paisaje  
-sin importar lo que apetece-  
el aire daría vuelta la página del libro.

## DECLIVE

Por el ojo de la cerradura vemos  
cómo deja la palangana en el suelo: tiene agua. Ahora  
no se ve. Hasta que levanta la mano  
blanca, la misma con que la prisionera (jovencita  
en Siberia) llevaba maderos hacia el barco.

¿Y las niñas? en la escuela  
atrás de la vía.

Tiene una gillette y el ojo apoyado en la cerradura mira  
su negra axila de abeja-madre. Arrasa. Algo se corre.  
En el encuadre, un ojo mira al otro.  
Si me estiro veo  
la palangana (llena) de estrellas y abedules  
también blancos: habría nevado.  
(El hermano, sobre la nieve, corre  
a la muchachita y ahora los ojos ya no ven.)

Atrás de la vía:  
campanas.

Va a salir.

Abre la puerta y desparrama

el agua (turbia) al gallinero. Nubes la alejan, hacen pasillos

hasta que tiende más ropa en puntas de pie. Los brazos en alto. Abrocha.

¿Cómo hallar ahí dónde posarse?

## BILINGÜE

Mecerse en el cálido pozo

de las ficciones

hasta paladear el ritmo

(lentísimo) de la infancia.

El dolor (sólo) por sus tramas.

He bebido agua, (agua)

donde posaste tus remos.

Es envuelta en lo ausente

(amado)

que alardea la presencia perpetua.

Los cielos arriman (entretanto)

un pueblo al otro.

Y no hablo -esta vez- de la revolución.

Hablo de la juntura de las lenguas.